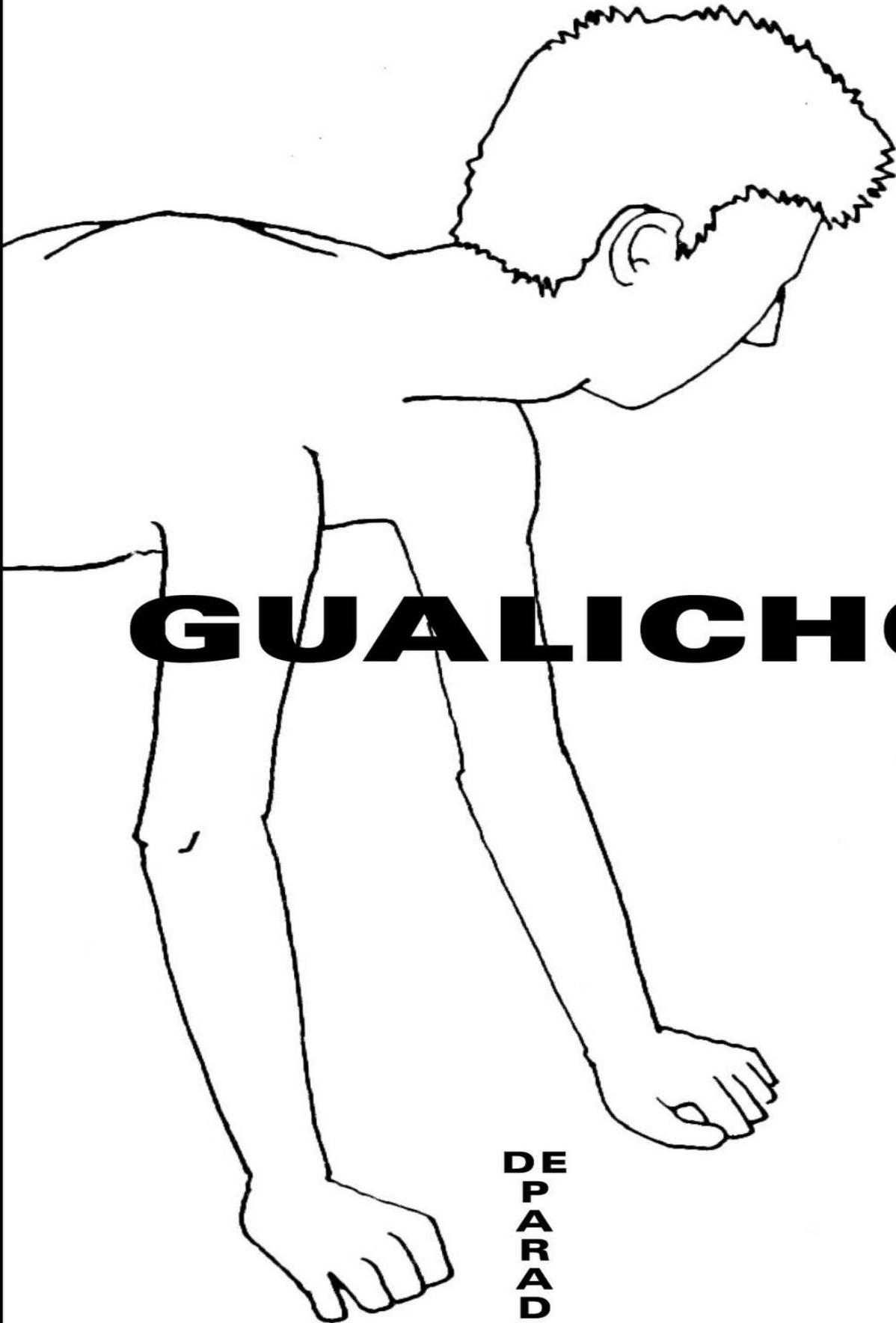


Gael Policano Rossi



# **GUALICHO**

**DE  
P  
A  
R  
A  
D  
O**

# **Gualicho**

La chancha que tenés adentro

Gael Policano Rossi

**DE  
P  
A  
R  
A  
D  
O**

# Índice

Cubierta

Portada

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

Sobre el autor

Créditos

# 1

El gualicho estaba en una caja de madera: adentro había una copa rota llena de sangre, pétalos de rosas y un huevo tipo de codorniz envuelto en gasas. Estaba en la puerta del 5to C, arriba de la alfombra que decía “Bienvenido”. Estuvo todo el día en el pasillo hasta que Daniel se despertó, a la tarde, y abrió la puerta, lo miró con curiosidad y lo entró.

Lo puso arriba de la mesa y lo revisó. La caja no tenía nada escrito, ni remitente ni nada parecido. No le dio importancia y la tiró a la basura.

Al rato se despertó Manolo y se saludaron. Daniel se hacía la paja con un video de Jayden Jaymes. Estaba en cuero y con un bóxer agujereado, sentado en el living del departamento. Se tironeaba la pija mientras se fumaba un pucho. Jayden Jaymes lo miraba a los ojos y abría la boca, colgaban dos pechugas, calientes y gigantes. Las tetotas se bamboleaban mientras ella se arrodillaba para mamarle la pija. Daniel al palo se la frotaba. Manolo en sunga ponía agua para mate.

—¿Y eso? -pregunta desde la cocina, mirando el tacho.

—Una gonzo de Jayden Jaymes.

—No. En el tacho.

—Ah. Una gilada que estaba en la puerta.

—Parece una macumba, bolú.

—Sí, ¿viste? -Daniel se pajeaba.

—No la quiero en mi casa.

—Bue...

Jayden Jaymes miraba a Daniel a los ojos. Ella abría la boca y una verga negra pegajosa se arrimaba. Le tiró un besito. Jayden abrió más la boca. La punta de la verga, al re palo, bien venosa, se acercaba muy despacio a sus labios. Jayden le mostraba los dientes, se sonreía y se humedecía la boca. La vergota, bien cerca, rozó por un segundo la lengua, y Daniel acabó.

Con la palma cerrada se olió la guasca. Un ardor en la pija envolvía el glande. Era la segunda de la tarde.

Manolo entró al living y dejó la pava y el mate arriba de la mesa. Miró la compu, con cara de dormido. Había trabajado turno noche, había dormido mal y eran las cuatro y media.

Daniel tenía el pecho y la nuca sudados. Estaba reclinado del todo en la silla que se había robado de la oficina.

—¿Querés ver algo?

—No. Nada.

Le pasó el mate y Daniel con la mano enguascada lo recibió. Un poco de la guasca mocosa le tocó los dedos a Manolo, que se la sacudió, salpicando el piso.

—Sos un asco, hijo de puta —se rio, fastidiado.

Daniel se quemó la boca y le devolvió el mate sin tomarlo. Sonó el teléfono.

—No lo agarrés con esa mano, hijo de puta.

—Hola, má —dijo, atendiendo.

La madre de Daniel estaba agitada y parecía ir corriendo por la calle. Le había depositado plata en su cuenta bancaria y necesitaba que la retirase antes de que se le debitaran las tarjetas. Le preguntó qué necesita, qué estaba haciendo y cuándo podían verse. Daniel contestó sin ganas.

—Buen, un beso, chau, te quiero —le dijo, colgando el tubo con la mano limpia. Se refregó la mano pegajosa en el bóxer y se metió en el baño.

La ducha tiraba agua fría, con mucha presión. El agua golpeaba el pecho lampiño de Daniel. Un río de jabón

bajaba por sus tetillas hasta su pubis. Agarró una tijera algo oxidada y empezó a recortarse los pelitos. Hizo la tarea con cuidado hasta recortarlos por completo.

Se enjuagó los sobacos y el pecho con jabón en gel. Hizo fuerza en las axilas hasta no sentirse más el chivo. Se limpió el pecho y las costillas. Un texto largo y en alemán escrito en tinta negra (ahora enverdecida) tatuaba su flanco derecho. Daniel empezó a lavarse las patas. Las canillas fuertes y firmes estaban un poco embarradas.

Daniel se frotó en los músculos peluditos de las piernas. La mugre no salía. Se pasó la esponja limpiándose el barro del partido de anoche. El agua salía negra.

Se enjabonó la cabeza rapada y se cepilló con las yemas de los dedos el cuero cabelludo. Dejó correr un poco de agua fría sobre la espalda. El calor de la ciudad lo estaba matando, el verano no se aguantaba más, y recién estaba empezando.

Agarró una toalla con olor a humedad y se tiró en su colchón de una plaza a secarse con la ventana abierta. Una montañita de ropa sucia le sirvió de almohada.

Manolo, vestido con su traje azul, agarró las llaves. “Vuelvo re tarde”, le dijo y Daniel escuchó cerrarse la puerta. Sin ganas de levantarse ni de llamar a la oficina se pajeó en la cama. Un poco de cansancio se apoderó de él y se quedó completamente dormido.

En el tacho de basura, el huevo adentro de la caja de madera eclosionó. Cabeceando y dando sus primeros movimientos, una culebrilla morada con manchas amarillas rompió el cascarón. Contorsionándose un poco, la culebrilla se deslizó por el tacho. Olfateó la cocina. Se deslizó por la bolsa cuesta abajo y salió a la superficie. Arrastrándose se movió por el piso de la cocina, por el parqué del living. Olfateando todo. La culebrilla llegó hasta la puerta del cuarto. Zigzagueó y se movió a oscuras por el cuarto y alcanzó el colchón en el piso. Sin esfuerzo se trepó

haciendo círculos y olió la punta del dedo gordo de la pierna derecha de Daniel.

La culebrilla tendría unos siete centímetros de largo. Cuando le cruzó por las gambas Daniel no la sintió. La culebrilla se metió entre sus muslos y olfateó su perineo. Entre sueños Daniel sintió una molestia, una cosquilla. Se dio vuelta. Los cachetitos de su cola quedaron boca arriba. La culebrilla cruzó la raja de su culo raudamente y metió su cabeza hasta estrellarse contra el ano.

Al principio a la cabeza le costó entrar, pero la piel cedió despacio a la presión y la culebrilla se metió en el orto de Daniel hasta que la punta del cascabel se perdió adentro por completo.